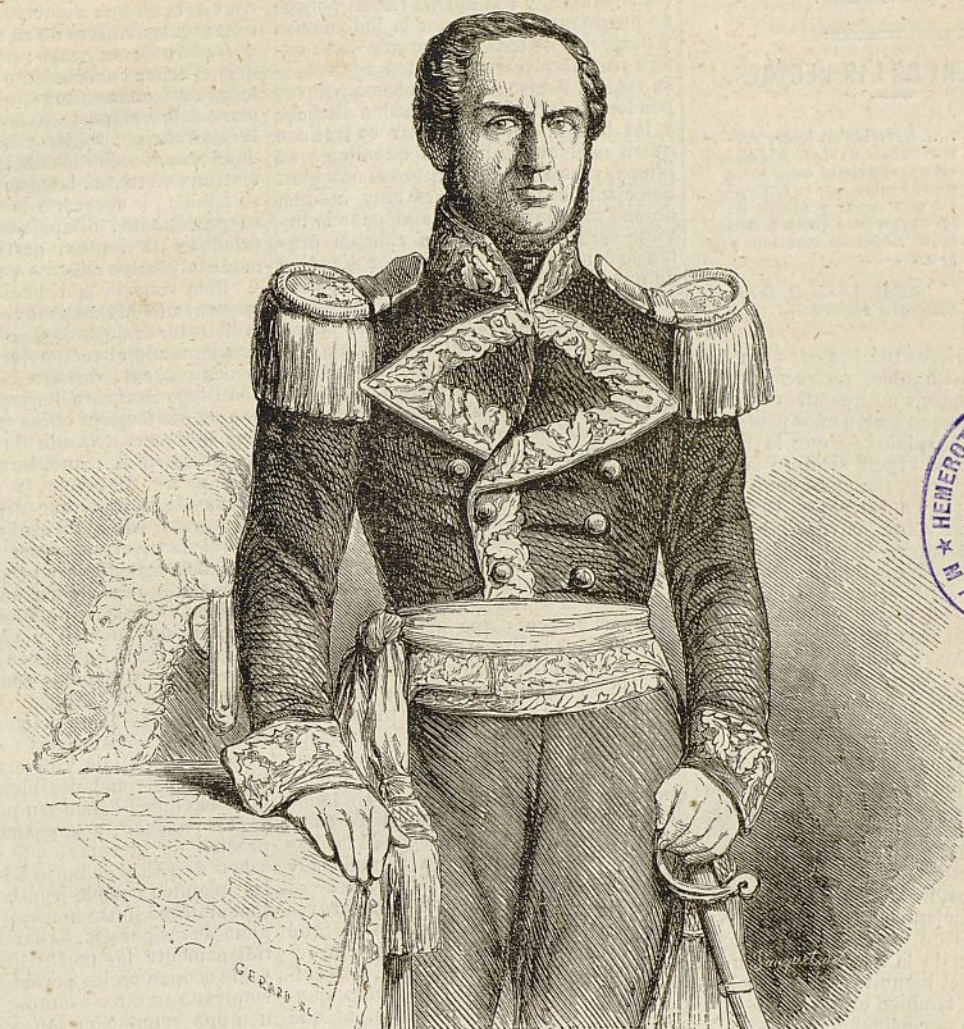


APUNTES HISTÓRICO-BIOGRÁFICOS.



El general Echenique.

EL GENERAL ECHENIQUE,

PRESIDENTE DEL PERÚ.

Erase una vez una república que tenía que elegir un presidente.

En lugar de dividirse en tres partidos y de escogerse tres candidatos, la gente honrada buscó un general estimado de todo el mundo, y le rogaron que aceptase la pesada carga del gobierno. Hombre sencillo y modesto, el general rehusó sin afectación tanto honor; pero le hicieron presente que cualquier intrigante á quien fueran á buscar para reemplazarle tendría menos escrúpulo, por lo que sacrificándose al interés público no puso mas que una condicion á su candidatura: dijo que la poseería sin reclamación de ningún género, que le apoyarían de buena fe, que le verían triunfar sin cometer insolencias, ó debilitarse sin que interviniera la revolución. «¡La ley! ¡nada mas que la ley!»

Julio 4 de 1852.

Este pensamiento de orden llegó á ser el de los electores; ellos se entendieron sin formar ninguna clase de clubs, y se reunieron y votaron tranquila y libremente. Todas las ambiciones desaparecieron delante de la abnegación del general; no hubo coaliciones, ni traiciones, ni sediciones de ninguna especie; los que no tenían derechos para el sufragio estuvieron contentos, y los que lo tenían cumplieron con su deber y conciencia. Nadie pensó en dar una lección al poder, nadie amenazó cargar el fusil... La elección fué una verdadera fiesta de familia.

El nombre del general salió de la urna, elegido por unanimidad, y fué proclamado en medio de los aplausos fraternales de los habitantes del Perú. El nuevo presidente escogió para ministros á los hombres mas capaces y no á los mas presuntuosos; á los mas activos y no á los mas charlatanes; á los mas decididos y no á los mas ambiciosos; la confianza de todos, sucediendo á la esperanza de cada uno, los negocios públicos y los asuntos particulares marcharon perfectamente.

No se presume que esto es un cuento es una historia tan verdadera como fantástica, que ocurrió el año de 1851. No se diga que esta república no es la del Perú, pues es precisamente la república peruana, situada á mas de cuatro mil leguas de la península española. Nadie suponga que este presidente sea un símbolo ó un personaje ideal, pues damos su retrato sacado del natural, por la curiosidad del hecho y la enseñanza que encierra para los demas gobiernos.

El general don José Rufino Echenique, tan digno de figurar en nuestra galería contemporánea, nació en Puno, al Sud, de padres españoles y nobles. Como puede verse por el adjunto grabado, es un hombre de bella presencia, de facciones varoniles, de elevada estatura; su mirada es inteligente y su acento cordial y afectuoso. Su religion no hace que le consideremos como un jesuita, ni su dulzura revela pusilanimidad, ni su firmeza la tiranía, ni su popularidad la ambición.

Con la punta de la espada ha ganado sus charreteras, sus entorchados y su faja

Album pintoresco.

14

de mariscal en el ejército peruano, donde ha encontrado el secreto de ser un modelo de respeto en la disciplina á través de las discordias civiles, sin haber hecho jamás traición á su honor y á su bandera, á pesar de las vicisitudes que han originado tantas y tantas conmociones.

LITERATURA DE LAS MUJERES.

.....divertida en hacer versos habia olvidado los oficios y ejercicios caseros de coser é hilar, que es la ciencia mas digna y propia de las mugeres, á quien deben aplicar toda su atencion y gloria.....

(Repúb. lit. de D. Diego Saavedra Fajardo.)

Si las anteriores palabras de autor tan celebrado y distinguido, no encabezaran este artículo, quizás no nos atreveríamos á escribirlo, aunque sostenemos y estamos firmemente persuadidos de que la razón y la verdad deben egruir siempre la cabeza en todas partes, por mas que se cierran los ojos y tapen los oídos. Diversas son las opiniones sobre las ventajas ó inutilidad de la literatura de las mugeres, y sobre los estudios á que deben dedicarse, y aun sobre la superioridad á los hombres en las prendas del alma, de que podría inferirse debían mandar ejércitos, dirigir armadas, regentar cátedras, y ocupar sillones arzobispales. Aquí solo haremos unas ligeras reflexiones sobre la literatura mugeriega, pues si disputáramos sobre lo mucho que se ha escrito del particular, y sobre las ridiculeces que se han sentado para probar la igualdad y superioridad de las mugeres respecto á los hombres, deduciríamos en cuenta que todo ha sido no mas que necia lisonja y sátira con que han cubierto tales escritores, á las tontas que han querido trastornar el orden de la sociedad con semejantes pretensiones. No por eso dejamos de juzgar muy necesaria la educacion de la muger, como que de ella resulta el bienestar de la sociedad: así como tambien utilísimos los conocimientos, que principalmente las de la clase media, tuvieran en algunas artes y ciencias. Pero de eso á no pensar mas que en filosofar sin fruto alguno, y en hacer pomposos é hinchados versos vacíos siempre de sentido, y de eso á servir en todas las escalas de las ciencias, artes, religion, política, milicia y demas que se necesita para el acorde adelanto y movimiento del cuerpo de un estado, ó de una república, va mucha diferencia. No negamos tampoco que dejen de ser las mugeres iguales á los hombres en los talentos, y aun es verdad que muchas han sobresalido en literatura, pero la instruccion que necesitan no es la científica y literaria, no, ni es tampoco la fútil de adornos superfluos pero costosos que acostumbran á recibir las jóvenes hoy dia. Causa lástima ver el abandono en que yace la educacion de la muger, y así es que ignorante y llena de errores y de preocupaciones, es juguete de la malicia de los hombres, y desconoce sus principales y mas sagradas obligaciones. Esto en cuanto á las jóvenes y solteras. ¿Y respecto de las casadas? ¿Qué es una muger muy preciada de doctora, (dice un inédito escritor) que va á establecer en su casa un tribunal de literatura, sino el azote de su marido, de sus hijos,

de sus criados, y de todos cuantos la tratan? Elevada en el alto trono de sus pretendidos talentos, se desdeña de todos los oficios, y obligaciones mugeriles. Desde luego consigue hacerse ridicula; es censurada por los mismos que en su presencia la adulan, y con mucha razón, porque no puede menos de escitar la indignacion y desprecio de todos el que sale de su esfera por mezclarse en asuntos ajenos de su estado. Estas mugeres famosas por sus ponderados talentos, solo pueden alucinar á los bobos: por lo regular se trasluce quien es el amigo literato que dirige su pluma, y las dicta en secreto sus oráculos. Semejante charlataneria es muy indigna de una matrona honesta: aun cuando tuviese verdadero mérito, su ridicula pretension la envileceria. La mayor dignidad de una muger, es ser ignorada del público; su gloria consiste en la estima de su marido; sus placeres deben ser la felicidad de su familia... El espectáculo mas honorífico para el bello sexo, es ver á una matrona rodeada de su familia, distribuyendo y dirigiendo sus tareas, procurando la felicidad de su marido y casa, y dando á sus hijos y criados documentos y ejemplos prácticos de virtud. Entonces es cuando una muger de honor aparece en su mayor dignidad, é inspira á todo el mundo amor y respeto.»

Efectivamente, solo un orgullo mal entendido y una vanidad pueril pueden descarrar de la senda del deber y del honor á algunas mugeres que pretenden conocer y cultivar la literatura. Semejante error y necesidad depende casi siempre de la falta de un sólido conocimiento de la religion y del corazon humano, pues la primera las libraria de dar en la supersticion á que son muy propensas, inspirándolas sentimientos de nobleza y piedad que trasladarian á sus hijos, y cuidando de todos los quehaceres domésticos como á reinas de su casa, y el segundo las haria conocer los escollos de la malicia y falsedad de los hombres y librarian de su contacto á su familia, evitando así graves desgracias é irreparables daños. Y ¿qué bien, qué lustre, qué esplendor puede redundar en favor de la literatura, si es cultivada por las mugeres? ¿Qué pensamientos sublimes, qué inventos útiles, ni qué adelantos científicos pueden dar de sí los conceptos alambicados, las frases afeminadas y los giros pueriles, que salen y saldrán siempre para toda composicion ó parto literario de los labios de las mugeres? ¿Qué dejará de leerse siempre sino *lágrimas vertidas, suspiros exhalados, prendas holladas, ilusiones perdidas*, y otras tantas espresiones por el estilo, intercalando á cada momento sentidas exclamaciones, ayes profundos, ¡Dios mio! etc., etc., que demuestran solo su mucha sensibilidad y facilidad en ser atacadas de los nervios.... Desengañémonos, no se hizo la literatura para las mugeres. Su destino está solo cimentado en hacer la felicidad de la familia, en educar bien los hijos, y que es esto de tanta trascendencia, como que á las madres de familia debe echarse la culpa del bueno ó mal estado de moralidad y civilizacion de un pueblo, pues dirigen los primeros pasos del hombre por las sendas del bien ó del mal. Y para saber los grandes males que ocasiona en su casa una muger literata, basta solo examinar la de cualquiera, y se verá qué cuidado y esmero respira toda la vivienda, qué revoltijo de ropa, muebles y libros se ve por todas partes, qué dejadez, qué abandono,

y de aquí qué modo de derrochar lo poco ó mucho que gane ó tenga el marido. Y ¿cómo andarán de cuidados y bien educados los hijos de tales mugeres? ¿Qué serán cuando sean crecidos? No queremos decir por esto que la muger de clase elevada se convierta en una asquerosa obrera, y descienda á las labores de su casa en *mengua y desdoro de su rango*; pero mas la valdria el tener conocimiento y aptitud para todas las faenas caseras, que no el pasar mano sobre mano toda la vida sumida en la ignorancia, fatuidad y holganza. Cuando menos el saber las obligaciones de una matrona virtuosa, honesta y cuidadosa de su familia, le ahorraria la mitad ó mas de su patrimonio, dilapidado en manos de criados y sirvientes, gastado todo con la modista y entre músicos y danzantes.

Bien conoció la ridiculez de las pretensiones de algunas mugeres en cultivar la literatura, dejando árido y en el fango mas inundo el campo de los cuidados y faenas caseras, nuestro célebre escritor don Diego Saavedra Fajardo, cuando en una de sus mejores obras sentó la satirilla siguiente: «..... ví salir de su casa á Safo, las faldas en la mano, huyendo de la ira de su padre. Detévele, y díome muchas quejas de su hija, que divertida en hacer versos habia olvidado los oficios y ejercicios caseros de coser y hilar, que es la ciencia mas digna y propia de las mugeres, á quien deben aplicar toda su atencion y gloria, y no á los estudios, que distraen sus ánimos, y vanamente presuntuosas de lo que saben, procuran las conferencias y disputas con los hombres, olvidadas de su natural recogimiento y decoro, con evidente peligro de su honestidad. Hasta lástima tuve al viejo padre, á quien el estudio y divertimento de la hija, y sus liviandades bien conocidas en aquella ciudad daban tan mala vejez.»

En resumen, aconsejamos á las que se precian de literatas, que si no quieren servir de risa y de burla á los mismos que las aplauden cuando leen con aquel sentimentalismo (frase nueva) exagerado alguna de sus poesías, ó cuando firman cuotidianamente los partos literarios que en valde ocupan en los periódicos sitio mejor empleado en otros asuntos; que si no tienen una reputacion tan justamente adquirida como nuestras *tres ó cuatro* únicas buenas poetisas que coronan de gloria y orgullo nuestra España, dejen de ensuciar papel, sobre todo en la escasez presente (1820 á 1827) y que cambien la péñola por la aguja, y en vez de añadir un párrafo á una novela le pongan á una calceta.

(De un manuscrito póstumo de un economista moderno.)

Un oficial inglés que ha pasado al continente con el objeto de examinar particularmente el ejército prusiano, escribe al periódico inglés titulado: *Naval and military Gazette*, relativo al uniforme de las tropas en general, que le halla muy bien calculado y hermoso, declarando el uniforme inglés como cosa de carnaval ó de teatro.

Desde el mes de mayo de 1849 hasta el último trimestre del año de 1851, fueron distribuidos hasta diez y siete mil seiscientos ochenta ejemplares del Nuevo Testamento, y desde 1851 á 1849, trescientos siete mil doscientos setenta y ocho ejemplares entre las tropas del ejército prusiano.

UNA HISTORIA MISTERIOSA.

(Continuacion.)

La negra acusada de haber causado esta enfermedad por medio de sortilegios fué condenada á la pena de azotes; pero se vengó de una manera cruel. Estando el enfermo en su agonía la oyó murmurar en su oído que ella era la que le había hechizado, y que tanto sus hijos como él pagarían caro la sangre del hijo único que le había arrancado.

—Pero, pregunté á Bruton, ¿los médicos no hicieron la autopsia del cadáver? ¿Cómo explicaron esta enfermedad extraordinaria?

—Descubrieron en la columna vertebral un exóstosis que atacaba la médula espinal: falta saber si, como ellos opinaron, era esta la causa del dolor: seguramente, continuó, mi razón se niega á admitir la influencia de los sortilegios y de los maleficios; pero si bien no puedo creer en ellos, yo los temo. ¿Habeis notado como esa muger me ha arrastrado hacia sí, por medio de un encanto irresistible para mí como la ley de gravitación?

—Os chanceáis.

—No; no. Ese encuentro no ha sido casual. La negra me esperaba. Me ha sacado de mi casa para manifestarme que el cuchillo está ya suspendido sobre mi cabeza y va á herirme pronto. Yo le he contestado que ya lo sabía y que estaba preparado.

—¿Pero qué os hizo ver en el fondo del pozo para causaros tal espanto?

—Cuando me incliné sobre el agua, creí distinguir un paisaje iluminado por el sol de los trópicos. En el estremo de un vasto campo de cañas dulces se elevaba un grupo de cabañas parecidas á los que habitan los esclavos. Delante de mí, en el primer término, había levantada una especie de borca, un negro joven estaba colgado de ella por el dedo pulgar de su mano derecha, el brazo izquierdo atado á lo largo de su cuerpo, los pies horrorosamente lacerados por picas que se habían clavado en la tierra con las puntas hacia arriba; á fin de que él mismo se hiriese buscando un punto de apoyo. Un pedazo de pan y una botella pendían de una cuerda y apenas tocaban su boca: pero cuando se esforzaba para alcanzar aquel cebo, rebotando lejos de él al volver le golpeaba la cara. Solo Satanás podía haber inventado semejante suplicio. El desgraciado joven estuvo espuesto de este modo á un sol abrasador sin mas alimento que la carne de sus brazos que devoraba con sus propios dientes.

—Oh! esto hace erizar los cabellos, exclamé. ¿Y cuáles fueron las palabras que os dijo la mendiga al veros huir?

—Me gritó: este era el hijo único de mis entrañas.

—¡Vaya! se conoce que teneis el ánimo demasiado afectado. Vuestros recuerdos se representan en imágenes visibles delante de vuestros ojos. Todo cuanto habeis creído ver, no ha sido mas que un delirio, una ilusión.

—¡Ojalá dijeseis verdad! pero conozco, segun me lo ha anunciado ella que Dios va á castigarme porque he renegado de mi santa misión. Mis dias están contados.

Creí deber manifestar á mi amigo que seria mas conveniente retardar su casamiento y dar á Emilia algunas instruccio-

nes para prepararla para su nuevo estado; pero él me respondió que precisamente su ignorancia era causa de que la amase mas, y que sin esta ignorancia, ella misma cesaria al punto de sentir por él el poco cariño que la había inspirado. En la mañana del día fijado para la ceremonia, encontré á Bruton en su gabinete arrodillado, con las manos cruzadas y la cara pegada al suelo. Levantándose de pronto, me alargó la mano. Conocí fácilmente que tenía calentura.

Al salir de la iglesia la comitiva pasó por delante de dos personas cuya vista pareció conmovier violentamente al mulato y á su esposa. En un lado de la hilera formada por los curiosos se inclinaba la vieja negra con la mano estendida como para pedir limosna y el semblante contraindo por un gesto sardónico. En el otro se hallaba el joven soldado riéndose á carcajada tendida en medio de un grupo de amigos.

Cuando vió á Emilia aproximarse á él le lanzó una mirada que atravesó como un dardo el corazón del pobre Bruton. Durante los dos primeros meses que siguieron á esta union, la existencia de mi amigo fué una lucha continua de pasiones encontradas. A veces su alegría rayaba en locura, y un minuto despues caía sin motivo en una furiosa desesperacion. El sonido de una corneta bastaba para entregarlo á todos los demonios de los celos. Preguntábame sin cesar qué opinaba de Emilia, si la creía sinceramente enamorada de él. No podía hallarse un solo momento separado de ella. Todo cuanto poseía estaba á la disposicion de su esposa para satisfacer sus menores caprichos.

Un día que me hallaba trabajando en mi cuarto, oí abrirse bruscamente la puerta, y al volver la cabeza, vi á Bruton lanzarse hacia mí jadeando, con los ojos inmóviles y las piernas trémulas, como las de un hombre borracho. En el momento en que se disponia á dirigirme la palabra, sus miradas tropezaron involuntariamente con un espejo, en el que se reflejó toda su persona. Echando espumarajos de cólera, se precipitó sobre el espejo y lo hizo mil pedazos con los puños: dejóse caer en seguida sobre una silla: sollozó convulsivamente por espacio de mas de una hora, y luego que le hube curado sus manos desgarradas, se levantó, salió fuera de la habitacion y recorrió como un furioso la campiña hasta media noche.

Pronto obtuve la explicacion de este acceso de rabia. Emilia, estenuada por los placeres de su nueva posiccion, acababa de decirle que no queria ya dormir en la misma alcoba, ni aun sentarse en la misma mesa con él.

Mas de una vez, cuando todos dormian profundamente en el castillo, le senti deslizarse hacia la puerta de la alcoba, cuya entrada le había prohibido su muger, y allí, cayendo de rodillas, pasar de las suplicas mas humildes á las mas terribles maldiciones, hasta que su lengua se negaba á articular un sonido.

Una nueva esperanza vino por fin á restituirle un poco de calma. Emilia pronto debía ser madre, él, pues, iba á tener ya un ser á quien amar, un hijo de su sangre que le llamaria padre, que le querria, en vez de rechazarle con asco, que aliviaria el peso de la maldiccion que le abrumaba. Sin embargo, un pensamiento amargo emponzoñaba su alegría. ¡Su hijo seria tal vez como él mulato y feo!... ¿Pero le amaria menos por eso? ¡Oh! no, no; le amaria con un afecto mil veces mas tierno para

pedirle perdon por los sufrimientos que le había proporcionado.

Jamás nacimiento de príncipe fué esperado con mas impaciencia, y mucho tiempo antes del día deseado, Bruton instaló en el castillo á la comadre de la aldea de que ya hemos hablado, en calidad de enfermera.

El niño vino al mundo. Lejos de ser un negro, era una encantadora criatura de ojos azules y mas blanco que la leche. Al punto pensé en los ojos negros de su madre, en el color africano de mi amigo, y temblé de espanto á la vista de lo que iba á suceder.

Inventé mil pretextos para ocultar, durante algun tiempo, al recién nacido á las miradas de Bruton. Pero por mas que hice, mis precauciones fueron inútiles. El mulato se precipitó una mañana en el cuarto de su muger. Inmediatamente la enfermera, á pesar de un movimiento que hice para detenerla, se dirigió á él y depositó el niño en sus brazos. Mi amigo lo recibió con una expresion de felicidad estática; despues se inclinó para contemplarlo mejor. La sorpresa, el estupor y la rabia se pintaron en sus facciones. Sus ojos brillaron como carbones encendidos, los músculos de su cara se contrajeron, y lanzando á su muger una mirada amenazadora, echó un pie atrás y levantó al niño por encima de su cabeza como para estrellarlo contra el suelo.

La madre, que lo observaba, se precipitó fuera de la cama y se abalanzó á su cuello como una tigre furiosa, mientras que yo corrí á él para quitarle el niño.

Bruton me lo cedió sin resistencia, pero descargó sobre su muger tan furibundo golpe, que la derribó en el suelo ensangrentada y sin conocimiento.

Principiaba á cansarme de mi estado en el castillo. Apenas había transcurrido un día que no fuese señalado por alguna escena trágica. Me hallaba, pues, bajo la influencia de una pesadilla perpétua. Conociendo que semejante método de vida no convenia en manera alguna á un hombre llamado á representar un papel positivo en el mundo de la realidad, formé la resolucion de abandonar lo mas pronto posible á Oxenford para volverme á Londres.

Fatigado de las emociones de aquel día, me retiré temprano á dormir; pero apenas dieron las doce de la noche, oí un tumulto insólito en el castillo. Todo el mundo estaba en movimiento y pronto llegué á comprender por los mismos gritos que cada vez oía mas cerca y mas distintamente, que el motivo de aquel alboroto era el de haber hallado muerto al niño sobre el seno de su madre. No tardaron en llamar á mi puerta con golpes redoblados; me vestí apresuradamente para seguir al criado encargado de llamarme. En la mitad de la escalera encontré á la desolada madre, toda desgredada, medio desnuda, loca de desesperacion, llevando á su hijo, ya frío, en sus brazos, implorando mi auxilio con voz que despedazaba el corazón, y acusando á su marido de haber cometido el asesinato.

Mal despierto todavía y atolondrado por el estupor, no supe en un principio si debía creer á mis sentidos, ni qué partido me convenia tomar.

La madre, fuera de sí, me trató de ignorante, y me prodigó los epítetos mas insultantes. Sin embargo, despues de un instante de reflexion, me alargó su hijo; pero de repente, gritando que tal vez tendria yo alguna parte en su muerte, se lanzó sobre mí para quitármelo, y en seguida lo estrechó contra su corazón, llorándolo de besos y caricias.

Habiendo logrado calmar un poco aquel acceso de demencia, la llevé casi arrastrando á la alcoba, y previne á la comadre, la cual había conservado una sangre fría verdaderamente inesplicable, que des- embarazara al niño de sus envolturas. El exámen mas minucioso no me descubrió la menor huella de violencia, pero un olor fatal, del que en vano quería hacerme ilusión, agolpó sobre mi frente un sudor frío, mientras que mis labios pronun- ciaron estas terribles palabras:

¡Ha sido envenenado!

Con la esperanza de salvarle, dispuse que se metiera al niño en un baño calien- te de mostaza, y que se le dieran en todo el cuerpo fricciones de amoniaco, pero estos remedios fueron inútiles; la inocente criatura estaba muerta.

Imposible es pintar el dolor de la po- bre madre. Completamente demudado el semblante, los ojos saliéndose de sus ór- bitas, víctima de las convulsiones mas horribles, maldecía sucesivamente á su marido, á sus criados y á mi mismo. Al lloro y á las lamentaciones inarticuladas sucedían las amenazas y las invocaciones dirigidas al cielo para implorar su ven- ganza. No obstante, su voz en un princi- pio penetrante y sonora, quedó poco á poco ronca, gutural y estertórea. De re- pente dejóse caer de espaldas sobre el pa- vimento, y creí que el abatimiento iba á seguir á la crisis; pero lejos de eso la vi rodar sobre la alfombra, arrancándose los cabellos, levantarse bruscamente, y des- púes de golpearse la frente contra la pa- red sin que pudiéramos sujetarla, preci- pitarse sobre la cama, donde permaneció largo tiempo, apoyándose convulsivamen- te con entrambas manos sus sienes, como para impedir que estallase su cabeza.

En medio de este dolor delirante, to- dos los secretos de su corazón salieron li- bremente á sus labios.—¿Qué tengo ya que temer? exclamaba. ¿Qué me importa el mundo y la vida? No, no; mi hijo no tiene en sus venas una sola gota de san- gre de ese monstruo odioso, de ese negro detestable...

Mientras que yo escuchaba temblando la confesion que su desesperacion le ar-

rancaba, un ligero ruido me hizo volver la cabeza, y en el sombrío corredor por entre la puerta que estaba entreabierta distinguí la cabeza del negro. Todo lo ha- bía oído. Entró lentamente en la alcoba, paróse enfrente de su muger y la con- templó con una sonrisa infernal. Estaba tan horrible que me dieron tentaciones de huir. Y ya iba á verificarlo cuando oigo en la escalera ruido de pasos y nue- vos gritos de desesperacion. ¡El cielo nos asista, dije interiormente! ¿Qué nueva desgracia se nos prepara! Tres criados pálidos y temblando de espanto penetra- ron en la alcoba, llevando un cuerpo ina- nimado vestido con uniforme colorado: su semblante estaba lívido; sus rubios cabe- llos coagulados por los cuajarones de san- gre solo presentaban una masa compacta. Bruton se acercó á su muger y con el de- do le señalaba ora el cuerpo ensangren- tado del jóven, ora el cadáver lívido del niño. Una espuma blanquecina cubría sus labios, pero en vano se esforzaba por ha- blar: su boca no podía articular un solo sonido.

¡Y Emilia! ¿Humilló su cabeza bajo el peso de la vergüenza de su falta? No: sostuvo la mirada aterradora de su mari- do sin bajar los ojos: inundada de sudor, pudiendo apenas sostenerse en pie, leván- tose impávida y serena delante de él, co- mo para desafiarle. Pero del mismo modo que Bruton, no pudo hablar y solo se oían gritos sofocados.

Así permanecieron por espacio de al- gunos minutos, mirándose mutuamente de arriba abajo, silenciosos, como petrifica- dos y respirando apenas.

Al fin Bruton se tambaleó y cayó de espaldas. Su muger agarrando entonces la armadura de la cama con entrambas manos para sostenerse, empujó violenta- mente con el pié el cuerpo de su marido hácia el medio de la habitacion.

Mi desgraciado amigo acababa de ser acometido de un ataque apoplético. Al punto le hice una sangría abundante, y despúes de haber dispuesto que lo tras- ladaran á su dormitorio, presté mis cui- dados al jóven soldado. Con gran admira- cion noté que vivía aun, si bien comple-

tamente insensible. Tenia detrás de la ore- ja una profunda herida, en la cual intro- duje la sonda. El cráneo había sido hun- dido y comprimía los sesos. Por el pronto debí contentarme con extraerle algunas esquirlas. Por lo que respecta á Emilia se hallaba de tal modo abatida, que aunque sus ojos hubiesen permanecido abiertos, por el estado de su respiracion se la hu- biera creído dormida. Previne á la enfer- mera que la velara y me volví al lado de los otros dos enfermos, despúes de haber dado á los criados las órdenes conve- nientes.

Yo también me sentía como anonada- do, y casi me avergonzaba de la debilidad de mis nervios, pensando en el estoicis- mo de la partera. Su frialdad é indife- rencia, en medio de tales sucesos, parecían- me inesplicables, y no pude menos de atri- buirlas á una larga práctica de su profe- sion.

En la mañana del siguiente dia infor- mé á las autoridades locales de cuanto había pasado, y reclamé la presencia de los médicos del pueblo inmediato.

Cuatro dias despúes Bruton entró en convalecencia; pero el infeliz había per- dido totalmente el uso de la palabra. Ha- biase quedado paralizada su lengua, y lle- naba su boca como un cuerpo extraño. Pronto pudo dejar la cama, si bien sola- mente para ser conducido á una prision, acusado de dos asesinatos.

Encargado por él de la administracion de sus intereses, debí resignarme á per- manecer en el castillo. Aunque todas las apariencias le condenaron, no cesó de pro- testarme en todas sus cartas que estaba inocente de los crímenes odiosos que se le imputaban.

(Se continuará.)

MADRID; 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

OBRAS EN PUBLICACION.

4.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

—*Viage ilustrado en las cinco partes del Mundo*. Se han repartido las prime- ras entregas de esta importantísima obra, sobre la que no nos cansaremos de lla- mar la atencion de los que nos favore- cen, porque estamos seguros que hallarán reunidos en ella al interés de la narra- cion, la enseñanza; al mérito literario la belleza tipográfica. Mucho nos equivoca- mos si el *Viage ilustrado* no es dentro de poco tiempo el libro mas popular de cuantos han salido á luz últimamente.

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español* y vice versa, por Domín- guez; segunda edicion corregida y aumen-

tada. Se reparte una entrega por semana.

3.^a SECCION. *Gil Blas de Santillana*, con 100 grabados originales. Se reparte una entrega por semana.

OBRAS PUBLICADAS.

El libro del Tiempo, por don Fran- cisco Fernandez Villabril, con 74 graba- dos. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el Grande, por Agustín Challamel, con 30 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 10 rs.

Las Memorias del Diablo, por Fe- derico Soulié, con 67 grabados. Se ha con- cluido la edicion y se avisará cuando se haga una nueva.

Maria Estuardo, por Alejandro Du- mas; esta obra forma parte de la coleccion del autor titulada *Crímenes célebres*; tie- ne 13 grabados. Precio por suscripcion, 2

y medio rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 10 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edicion ilustrada con 100 grabados originales. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provin- cia. En venta 5 y 7 rs.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta, 8 y 10 rs.

Escenas de la vida privada y pu- blica de los animales, obra critica de costumbres políticas y sociales con 33 gra- bados. Precio por suscripcion, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En ven- ta 6 rs. en Madrid, y 8 en provincia.